



José Agustín Goytisolo
Escritor.

Poesía y fuego a discreción

El miembro de un jurado literario reunido en Bogotá comparte hotel con narcotraficantes, con miembros de la comisión que investiga al presidente Samper y con la larga sombra de EEUU

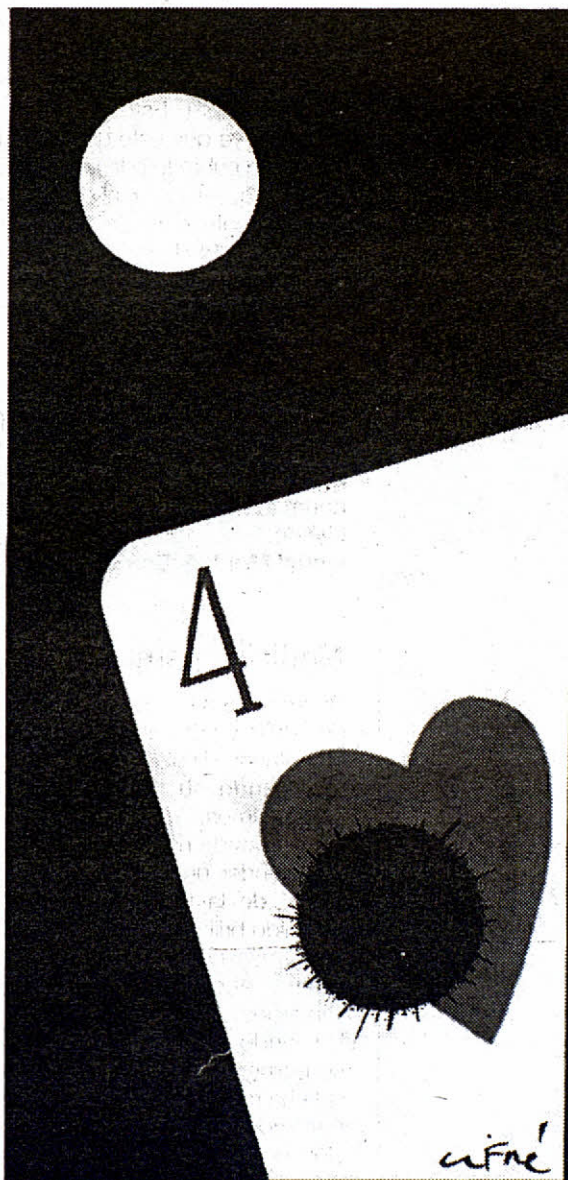
Viajar a este país rico y empobrecido que es Colombia me resulta siempre grato y angustiante. Es mi quinto viaje a Bogotá. Esta vez como miembro del Jurado del Premio José Asunción Silva, en el primer centenario de su suicidio, cuando el tan notable poeta modernista contaba sólo 31 años. Como ustedes quizá sabrán, el premio fue concedido por unanimidad al escritor mexicano **José Emilio Pacheco**, por su libro de poemas *El silencio de la luna*. Fue, con mucho, el mejor de los 956 trabajos presentados, procedentes de todos los países de habla *española* (como dicen allí por *castellana*) incluidos dos de hispanos de Estados Unidos. El fallo fue laborioso: la selección duró una semana, en sesiones de mañana, tarde y noche, y fue minuciosa y ponderada, incluyendo lecturas en voz alta.

Mis compañeros del jurado, los escritores colombianos **María Mercedes Carranza** —directora de la Casa de Poesía Silva— y **Darío Jaramillo**, el venezolano **Eugenio Montejo** y yo, nos vimos desbordados por la tremenda cantidad de público asistente el día de la lectura del fallo y por los parlamentos y la música y recitado del *Nocturno* de **Silva**. Se añadió el discurso del ex presidente de Colombia, **Belisario Betancur**, presente en el acto, junto al también ex presidente **Alfonso López Michelsen**, directores de honor, al alimón, de la Casa de Poesía Silva.

Del actual Gobierno de **Ernesto Samper** no vino representación alguna, cosa que era de esperar, por lo que luego explicaré. Total, que hubo que habilitar grandes pantallas fuera del recinto abarrotado. La ciudad amaneció engalanada, y fuerzas del Ejército y de la policía militar se hicieron más visibles que nunca. No ocurrió incidente alguno. Cosa lógica en un pueblo que, pese a su dramática situación interna, rinde un fervoroso culto a la poesía.

Dije que estar entre mis amigos colombianos me resulta siempre grato, aún en medio de las noticias de masacres y atentados en Medellín, Cali, Popayán y en la misma Bogotá. Y dije insoportable intranquilidad en las calles, en la sabana y en los valles del Cauca y del Magdalena, éstos últimos dominados por los narcotraficantes, que imponen a los indígenas, por dinero (poco) o a la fuerza (si se resisten) el cultivo de la coca, primer eslabón de esa infernal cadena llamada narcotráfico.

La realidad es que Colombia es un país con dos estados, el uno dentro del otro: formalmente existe un Senado o Cámara alta, y también un Parlamento o Cámara baja, pero en ambos están metidos senadores y parlamentarios que representan los intereses de los narcotraficantes; estos padres de la patria, que



huelen a coca, son más de los que la gente conoce. Por ejemplo, la Comisión de Acusación de la Cámara baja acaba de absolver al actual presidente de la República, **Ernesto Samper**, y a tres de sus ministros de enriquecimiento ilegal, personal y a favor de terceros; de fraude procesal; de encubrimiento y de obstrucción a la justicia. La tal Comisión de Acusación, presidida por el señor **Heyne Mogollón** —vaya apellido más adecuado—, y por su escudero **Eliécer**

Meneses, consiguió la más que sorprendente mayoría de diez votos absolutos contra tres condenatorios (los que así votaron deben andar *acongojados* a estas horas). Cuentan que la sala de reuniones olía también a coca.

Yo me tropecé dos veces con el tal **Mogollón**, que era custodiado por ocho pistoleros —paramilitares de paisano, me dijeron— pues vivía en una *suite* poco menos que blindada, y caminaba, con carita de ángel y a pasitos cortos, literalmente rodeado por los ocho tipos de las chaquetas cruzadas y mano derecha en la sobaquera. Los apartamentos y el hotel Tequendama son, al parecer, dominio de los militares, refugio de personajes en peligro, de *narcos* y sus familiares, y también alojamiento de invitados distinguidos, como debieron considerarme a mí: total, que estuve muy bien protegido.

Las protestas del Departamento de Estado norteamericano, a instancias de su Agencia de la Droga (DEA), fueron un pretexto para que los *narco-estadistas* hablasen de “**flagrante intromisión en los asuntos internos de Colombia**”; pero la gente no hizo mucho caso hasta que se supo que el Parlamento, pese al voto favorable a **Samper** de la Comisión de Acusación del repetido **Mogollón**, iba a enjuiciar al presidente. Sorpresa, sí, y también incredulidad en la neutralidad de los representantes, pues son mayoría los partidarios de **Samper**. Ahora empezarán 15 días de sesiones de pacotilla o de exoneración del presidente y de sus tres ministros. *Exoneración anunciada*, llamaría **Gabo García Márquez** a esta crónica. En el caso improbable de que no se anule y archive la investigación sobre **Samper**, éste debería dejar el cargo, y entonces el Senado lo juzgaría por sus responsabilidades políticas, y la Corte Suprema de Justicia le aplicaría las sanciones civiles y penales, después de declarar su indignidad.

He escrito este párrafo empleando verbos condicionales, pues no creo en milagros y sí en el *surrealismo mágico* que oprime a Colombia. Los narcotraficantes y sus agentes económicos, políticos, militares y sociales, tienen al país poco menos que de rodillas. Pero gran parte de la población reprueba tantas bur-las, crímenes, corrupciones y farsas, aunque sabe que sus opresores controlan más de un tercio de la riqueza del país, amén de los millones blanqueados en el extranjero. Sea cual fuere el final del caso **Samper**, podría incluso producirse un alzamiento o una guerra civil, aunque eso no le interesa a EEUU, pese a haber condenado la *absolución* **Mogollón**: también cuentan los intereses norteamericanos, geopolíticos y derivados del narcotráfico.